

Retrato prodigioso de una de muchas noches

Gabriela Amor Canales Herrera

I

Tengo la necesidad de ti,
de ser más que un cuerpo estelar
y dejar de tenerle miedo a la oscuridad.

Recorrer mil años luz
y ser juntos un caos cósmico,
sin equiparar en lo lógico.

Tengo la necesidad de ti,
de hablar sobre lo desconocido
y llenar esos vacíos existenciales.

Conocer tu mundo
y memorizar cada uno de tus cráteres.

Porque aunque todo es tan fugaz,
el amor es menos sagaz.

II

Ella es poesía,
tiene mucho que decir
y sin embargo escucha,
tiene alas para volar
y no lo hace,
sueña con tocar las nubes
y solo se conforma con aquellas
que embellecen las flores.

Siempre mira hacia arriba,
sabe que puede llegar hasta lo más alto
pero prefiere que la gravedad la jale a la tierra.
Quiere estar en compañía de los simples mortales,
pues solo así,
podría morir de amor también.

III

Bajo ajetreadas búsquedas,
encontré a mi amor.
La música de fondo
me hacía estar en vaivén
hasta yacer.
Él se declaraba ajeno al arte
y, en cambio,
creía ver en mí, belleza
en cada pigmento de mi piel.
Pasaba sus pinceladas
con tanta delicadeza,
haciendo que el pequeño gesto
bastara para bajarme la luna
y las estrellas.
Deslizaba sus dedos
con abundante anhelo
las cuerdas de la guitarra,
como si se tratara de
una canción de amor.
Recorría mis curvas,
lentamente,
hasta memorizar
cada rincón del instrumento;

este lo sentía parte de él
y siendo yo el instrumento,
me sentía suya.
Nadie era capaz
de llegar a tocar
con tanto éxtasis, la música,
como él lo hizo aquella noche.

IV

La ausencia es tan fría
al tocar mi cuerpo con cualquier caricia
y mi existencia es tan finita
como un grano de arena.
Y del olvido, ¡ni hablar!,
no estoy lista para borrarte de la faz de la tierra
ni de borrar nuestra historia.
Pero al final ya no habrá nadie
que recuerde tu risa
ni mi amor por ti
y eso es lo que más me duele...
que seamos tan fugaces
como aquellas estrellas.

V

Me quedo con esos recuerdos...
En la manera en cómo las comisuras de sus labios
crean prodigiosos mundos
con solo sonreír,
mundos que por un instante
se mantienen perennes.

Y los pequeños soles me miraban,
¡Oh, brillos míos!
Dejando como resultado
Atardeceres candentes,
y bajo la penumbra de un árbol,
Nos encontrábamos fusionados con el roce
No solo de nuestros labios,
Sino de nuestras almas.

La calma abundaba
Y el mutismo
Se disfrutaba en su plenitud,
No hacían falta palabras,
Como forma se veía
Y como forma se sentía;
La pintura revivía al romanticismo.

VI

¿Qué se sentirá
despertar con la misma persona todos los días,
compartir el café, los insomnios,
los sueños y la cama?
¿Cuál será el secreto
para seguir enamorados de la misma persona,
a pesar de haber conocido sus demonios
y todo el caos que lo embarga en su interior?
¿Por qué acariciar siempre la misma piel,
perderse en sus labios
y tomar aquellas manos
que ya conoces de memoria?
¿Qué importancia tendría ser parte de su vida,
besar cada lunar
o saber la historia
que guarda cada una de sus cicatrices?

Porque a mí me gustaría saber,
pero no me basta con querer...

VII

Necesito más soles
para los tormentos
que están por venir.

VIII

Pensé en ti
y en las posibilidades,
lo que somos
y nunca fuimos,
tú y yo estando,
pero jamás juntos.

IX

Ojalá que los amores
rejuvenezcan las flores,
ojalá que las cenizas
recobren las esperanzas,
ojalá que los profundos dolores
se conviertan en flores.

X

Deseo darte mi cariño y afecto con un cactus
porque no puedo mostrarte la vida
de rosa o con rosas.
Quiero que sepas
la manera en cómo es el mundo,
sin rodeos, ni cuentos que jamás se harán realidad.
Necesito que veas con mis ojos
lo que yo te ofrezco,
lo que mi corazón puede darte
y que entiendas que,
aunque la vida esté llena de espinas,
tiene su lado bueno;
esconde su excéntrica belleza.
No te regalo flores
porque se marchitan
y mi amor por ti
perdura como un cactus en el desierto;
sea hoy o en los tiempos venideros,
siempre en las buenas y en las malas,
vida mía.

XI

A tu alma me monto,
me acuesto o lo que sea más conveniente,
me dejó llevar.
No sin antes tomarte con fuerza de la cuerda,
para tenerte bien cerca,
si es posible,
dejó el ancla,
no vaya a ser
que en un pestañear,
flotes de tanto soñar.
No hace falta la cama,
ni la almohada,
no importa si es de día
o de noche,
solo sé que cuando me tomas,
me encuentro columpiándome
en la luna deslumbrante,
junto con estrellas rutilantes.
No importa con qué tonalidades
encuentres el amor,
siéntelo, identifica su olor,
café para los amaneceres,
miel y almizcle en el esplendor.
Y bajo el desliz del romanticismo,
tampoco importa que rime la epístola,
ni que siga sus reglas poéticas.
Porque, cariño mío,
este amor,
no trata de seguir patrones
o esquemas,
sino de vivirlo...